



entre los dos partidos, no por un mero prurito de disputa, como se ha solido asentar, sino porque se ligaban á la cuestion consecuencias prácticas extremadamente graves. Ya sea que la humanidad hubiese sido enteramente absorbida en la divinidad de Cristo, segun la opinion de Eutiques, ó ya no estuviesen originariamente unidas en él las dos naturalezas, segun Nestorio, en uno y otro caso los cristianos veian desvanecerse á la vez la virtud humana y divina de la obra de Jesucristo, necesaria para la redencion perfecta y real de los hombres.

En 428 llegó á ser Nestorio patriarca de Constantinopla. Formado en la escuela de Antioquia, habia adquirido allí la elocuencia y una instruccion variada, siquiera superficial. Su ánimo era orgulloso y su celo por lo regular poco ilustrado. Ya en su sermón de instalacion dió á conocer su carácter altivo y arrogante con la célebre interpelacion dirigida á Teodosio II: «Emperador, libra el imperio de herejes, y te daré el reino del cielo. Ayúdame á vencer á los enemigos de la Iglesia, y yo te ayudaré á triunfar de los persas.» En efecto, al principio se dirigió su celo contra los restos de los arrianos y macedonianos, y especialmente contra los apolinaristas; pero por más que se propusiese combatir la herejía, cayó en ella. Las primeras huellas del error de Nestorio se encuentran en la opinion de un monje galo, llamado Leporio, que fué más adelante sacerdote en Cartago hácia el 426, y que pretendia haber en Cristo dos sujetos independientes el uno del otro, subsistente por sí cada uno, y que así como el divino sólo puede atribuirse al Logos, el humano se atribuye al hombre Jesús. Nestorio habia prometido á los fieles de su iglesia una enseñanza mejor que la que hasta entonces habian recibido sobre la naturaleza del Hijo de Dios, comenzando á realizar esto por medio de Anastasio, sacerdote nuevamente ordenado en Constantinopla. Este predicó contra la tan respetuosa denominacion de *Madre de Dios (Teotocos)*, tributada casi universalmente á María Santísima, y ya indicada en el símbolo de los apóstoles. Semejante ataque chocó generalmente. Nestorio por su parte, en

lugar de ahogar la naciente disputa, tomó con calor el partido de Anastasio en un sermón sobre la I Epíst. á los Corint. IV, 21, en el cual sostuvo que debia decirse: *Madre del Cristo (Christotocos)*, y que el hombre engendrado por María debia llamarse Teoforo, que lleva á Dios, ó que recibe á Dios como templo en que Dios habita. Supuesto esto, ya no era la Encarnacion otra cosa más que una mera *inhabitacion* del Logos en Cristo, y el Verbo eterno no se habia hecho hombre. Las explicaciones que más adelante dió Nestorio pusieron su error todavía más descubierto. No veia en Cristo más que dos personas, *colocadas la una al lado de la otra*, unidas exterior y moralmente, mientras que los padres ortodoxos alejandrinos sostenian una *unidad física*, y hablaban de la naturaleza del Logos hecho carne de tal manera, que los atributos de las dos naturalezas humana y divina podian ser reciprocamente conmutados (*communicatio idiomatum seu proprietatum*).

No tardó en propagarse por el Oriente el rumor de esta doctrina de Nestorio, con especialidad entre los partidarios de Teodoro de Mopsuestia, llegando asimismo al Occidente. Empero de todas partes se levantaron fuertes y numerosas reclamaciones, como desde un principio se habian levantado los murmullos del pueblo en la iglesia de Constantinopla. La doctrina del Verbo hecho hombre habia sido enseñada de la manera más vigorosa en Occidente, contra Leporio, por San Agustín, y en Oriente por Atanasio. Este último, en particular, habia atribuido á Cristo una naturaleza divina, hecha carne.

Sin embargo, la doctrina de Nestorio encontró numerosos partidarios. Ella se recomendaba por una claridad ficticia, pues parecia más fácil comprender á Dios unido al hombre, que á Dios hecho hombre. Pretendian sus adeptos apoyarse exclusivamente en las Escrituras, en textos claros y positivos, y rechazaban ó señalaban como inconveniente la *trasmucion* de los atributos. Á los pensadores superficiales chocaban aquellas frases de Dios es flaco, Dios ha padecido, Dios es muerto; y con especialidad los monjes egipcios defendian ó atacaban con calor la expresion de *Madre de Dios*. En es-



to, Cirilo, patriarca de Alejandría, trató de sosegar la lucha, publicando una carta pastoral para explicar y sostener este dictado. Pareció como que Dios suscitó á Cirilo para sostener la verdad contra el nestorianismo, así como Atanasio y Agustín la habian defendido contra el arrianismo y el pelagianismo. El patriarca decia á los monjes: «Vosotros llamais madre á la que concibe y engendra segun el órden de la naturaleza; no madre del cuerpo, sino madre del hombre entero, que se compone de cuerpo y alma, aunque sólo el cuerpo y no el alma del hijo se haya formado con la sustancia de la madre; así, pues, decid de Cristo: Habiendo tomado naturaleza humana el Verbo, eternamente engendrado por el padre, ha sido engendrado por María segun la carne.»

Empero la discusion se propagaba y enardecia. Á pesar de las representaciones de Cirilo, Nestorio persistia con arrogancia en su manera de pensar, ultrajando y calumniando al primero, quien tuvo que apelar al papa Celestino. Igualmente reclamó Nestorio al Pontífice de Roma. Un concilio celebrado en esta ciudad en 430 condenó la doctrina de Nestorio, conforme á las comunicaciones dirigidas por Cirilo, y le conminó con la excomunion, si al cabo de diez días no se retractaba de su error; mas Nestorio trató de demorar la ejecucion de la sentencia fulminada contra él, acudiendo al recurso de apelar de nuevo. Una carta sinodal trasmitió todo lo acordado al obispo de Constantinopla, á Juan, obispo de Antioquia, y especialmente á Cirilo de Alejandría, investido con plenos poderes del Papa. Cirilo reunió el mismo año un concilio en Alejandría y remitió á Nestorio en una carta sinodal, escrita por lo demas con un verdadero espíritu de caridad cristiana, un decreto formulado en doce anatemas contra la doctrina de las dos naturalezas separadas en Cristo. Por su parte, Nestorio respondió con otros doce anatemas, imputando á Cirilo los errores de los apolinaristas. De esta suerte iba la controversia haciéndose cada vez más viva y espinosa, cuando cambiando bruscamente de opinion Juan de Antioquia, se puso á la cabeza del partido nestoriano, al cual se asoció tambien Teodoreto,

obispo de Ciro, varon tan distinguido por sus talentos como por su piedad, comprometiendo con este paso su memoria en la Iglesia. Teodosio II, no muy bien dispuesto en favor de Cirilo, convocó un concilio en Éfeso (431), á fin de conciliar los dos partidos, en el cual se reunieron cerca de doscientos obispos bajo la presidencia del mismo Cirilo, revestido de plenos poderes del Papa. En la primera sesion fué condenada la doctrina de Nestorio, y excomulgado y depuesto éste, quien encerrado en su casa y custodiado por soldados, habia rehusado obstinadamente asistir al concilio. Por desgracia surgió entonces una discusion muy oscura entre Cirilo por una parte, y Juan, obispo de Antioquia, algo sospechoso para sus colegas á causa de su equívoca conducta, y los obispos de la Siria, llegados más tarde al concilio, por otra. Juan, no obstante habersele hecho las más vivas instancias, rehusó tomar parte en el concilio, prohibió la entrada en su casa, guardada asimismo por soldados, y no queriendo dar respuesta alguna á los obispos, concluyó por excomulgarlos, decretando la deposicion de Cirilo y de Memnon, obispo de Éfeso, en dos reuniones cismáticas que celebró con sus partidarios y los de Nestorio, entre los cuales se encontraba el representante del emperador.

El débil Teodosio, que sólo era accesible al partido nestoriano y á las noticias que por su medio recibia, ignoró el verdadero estado de las cosas hasta tanto que los obispos católicos enviaron una persona disfrazada á los monjes de Constantinopla, con el encargo de informarles de su crítica posicion y de la cautividad de Memnon y Cirilo. Entonces los monjes se dirigieron en procesion y entonando cánticos sagrados al palacio del emperador, quien informado de la verdad, ordenó que acudiesen á Calcedonia dos obispos por cada partido, á fin de que expusiesen en su presencia el asunto. Despues de vanos esfuerzos para conseguir la union de los partidos, fué disuelto el concilio, se les devolvió la libertad á Cirilo y Memnon, y quedó reconocida la legalidad de la deposicion de Nestorio. El patriarca depuesto fué enviado á un convento de Apamea, y elegido en su lugar Maximiano. El papa Sixto III creyó



ver en todas estas circunstancias otras tantas prendas de paz: empero el cisma duró todavía dos años, y fué necesario para apaciguar los ánimos en Antioquía y reunirlos en un símbolo comun, valerse ya de la autoridad del Papa, ya del poder del emperador, ya de la inmensa influencia de Acacio, venerable obispo de Be-rea; de Simeon el Estilita, maravilla de su época; de Paulo de Emeso, y del piadoso y bizarro Isidoro de Pelusa. Entónces fué solemnemente reconocida y proclamada la union hipostática de las dos naturalezas en Cristo (433), y el concilio de Éfeso, confirmado por la adhesion del pontífice Sixto, recibió el carácter de *tercer concilio ecuménico*. En esta ocasion, como en todas, hubo descontentos: Teodoreto, Alejandro de Hierápolis, Melecio de Mopsuestia y otros se opusieron á la condenacion de la doctrina de Nestorio, que, desterrado por el emperador, murió despues de largos sufrimientos en un oasis egipcio (440). Várias provincias del Oriente imitaron el ejemplo de los descontentos, y se separaron del patriarca metropolitano de Antioquía. Entónces apareció un severo edicto imperial contra los partidarios de Nestorio, y poco á poco se fueron sometiendo, ó al ménos volvieron á entrar exteriormente en la Iglesia los jefes del partido, Teodoreto, Heladio, obispo de Tarso, y Andres, obispo de Samosata, sin aprobar por esto la destitucion de Nestorio ni admitir los anatemas de Cirilo. Despues fueron desterrados los que perseveraron en el cisma, y se conminó con las leyes más severas á todo el partido nestoriano, consiguiéndose con estas medidas rigurosas establecer momentáneamente la paz exterior de la Iglesia. Pero lo que no pudo ahogarse por este medio fué el movimiento de las inteligencias y la direccion teológica que les habian impreso los escritos de Teodoreto, verdadero autor de esta última herejía. Estos escritos se habian propagado extensamente, eran leídos con avidez y tenidos en grande estima. Tambien se habia extendido el nestorianismo fuera del imperio romano. En la escuela teológica, fundada por los persas en Edesa, era calorosamente defendido por el sacerdote Ibas y el sabio Tomas Barsumas. Rábulas, obispo católico de

Edesa, les persiguió con gran celo, anatematizando al mismo tiempo como fuentes del nestorianismo las obras de Diodoro de Tarso y de Teodoro de Mopsuestia, y procurando, así como Acacio, obispo de Melitena, abroquelar contra sus doctrinas á los obispos armenios. No se detuvo aquí: excitó á Proclo, patriarca de Constantinopla, y á Cirilo á que entresacasen de los escritos de aquellos herejes las proposiciones más peligrosas á fin de preservar de su contagio á los fieles. Pero desistieron de su propósito cuando vieron la manera resuelta y decidida con que los orientales se pronunciaron por su doctor Teodoro, á fin de no perturbar á la Iglesia, no bien sosegada, con nuevas controversias que podian originar nuevas desgracias. Especialmente Cirilo ya habia probado cuánto deseaba la paz, con la union practicada en Antioquía.

Ibas dió cuenta al obispo persa Maris, del celo que el obispo Rábulas desplegaba en defender la fe, llegando á ser más adelante esta carta un documento importante. Elegido obispo de Edesa (436-57) despues de la muerte de Rábulas, favoreció Ibas á los nestorianos desterrados del imperio romano, y que sólo habian encontrado refugio cerca de Barsumas, obispo de Nisibe (435-89), y desterrado anteriormente de Edesa. Bajo su sucesor formaron los nestorianos una iglesia particular establecida en Seleucia-Ctesifon, dieron á su obispo el título de universal (*jacelich, catholicus*), y fueron favorecidos por el gobierno persa, llevado en esto de miras políticas. Sus adversarios les llamaron siempre nestorianos. Estos sectarios se propagaron mucho en el interior del Asia, y excitaron allí un cierto movimiento en la cultura de los espíritus.

Apénas se hubo concluido el acomodamiento entre Juan de Antioquía y Cirilo, fundado en bases inciertas, cuando comenzaron á removerse de nuevo los partidos, y surgió un nuevo error. En la controversia contra Nestorio se notó la prodigiosa actividad de un anciano archimandrita de un convento de Constantinopla, llamado Eutiques. Tanta fué su solicitud, que llegó á quejarse al papa Leon I de los progresos que hacia el nestorianismo. ¿Quién



habia de esperar entónces ver caer á aquel celoso monje en un error enteramente opuesto á aquel que con tanto ardor habia combatido? Adherido segun todas las apariencias á la doctrina de Orígenes sobre la preexistencia de las almas, decia Eutiques: «Antes de la union del Verbo con la naturaleza humana, las dos naturalezas eran enteramente distintas: despues de la union, la naturaleza humana confundida con la divina fué de tal modo absorbida por ésta, que la divina permaneció sola, siendo ella la que sufrió por nosotros y nos redimió. El cuerpo de Cristo era, pues, un cuerpo humano en cuanto á su forma y su apariencia exterior, pero no en cuanto á su sustancia.»

De esta suerte se destruía el misterio de la Encarnacion, como en el nestorianismo. Este error, designado más adelante bajo el nombre de *monofisitismo*, se propagó bajo diferentes formas. Denunciado por Eusebio de Dorilea á Flaviano, patriarca de Constantinopla, fué condenado el error de Eutiques en el concilio constantinopolitano (448), y depuesto su mismo autor, por haberse obstinado en oponer la autoridad de la Escritura á la doctrina de los Santos Padres; pero recurrió al poder imperial, encontrando alguna simpatía especialmente en Eudoxia. Tambien escribió al papa Leon; á San Pedro Crisólogo, obispo de Rávena, y al turbulento y ambicioso sucesor de Cirilo, el patriarca Dioscoro (despues de 444).

San Leon confirmó lo que se habia hecho en Constantinopla en una carta dirigida á Flaviano, en la cual expuso con rara solidez y mucha claridad la doctrina de la iglesia sobre las dos naturalezas y su union hipostática, contra Nestorio y Eutiques. Por el contrario, el patriarca de Alejandría tomó el partido de Eutiques, creyendo haber encontrado una ocasion favorable para humillar á los orientales como nestorianos. Asimismo, de acuerdo con el eunuco Crisafio, logró hacer convocar por el emperador Teodosio un concilio en Éfeso (449), al cual envió el papa San Leon tres legados. Dioscoro acudió allí con una tropa de satélites y de monjes fanáticos, arrebató á los legados a presidencia del concilio, y ni áun les per-

mitió que leyesen la carta de San Leon. Al propio tiempo, hizo maltratar por medio de sus secuaces y sus furiosos monjes al patriarca Flaviano, su enemigo personal, de una manera tan cruel y tan inaudita, y violentó de tal modo la conciencia de los Padres del concilio, que Flaviano murió bien poco despues, y los obispos suscribieron á su opinion. Esta desgraciada asamblea recibió más adelante el infamante nombre de *Vandalismo de Éfeso* (*Synodus Iestrike*).

Teodosio II confirmó sus decisiones; pero Leon el Grande hizo todo lo posible para anularlas y libertar á la Iglesia oriental de esta ignominia. El Pontífice consiguió su objeto despues de la muerte de Teodosio, que aconteció poco despues (450); y gracias á Pulqueria, hermana del emperador, mejor predispuesta que éste, y á su noble esposo Marciano Anatolio, elegido patriarca de Constantinopla por el favor de Dioscoro, fué elegido á entenderse con los legados del Papa para celebrar un concilio, en el cual se adoptó y firmó la carta de Leon á Flaviano, siendo depuesto Eutiques de su dignidad de sacerdote y de archimandrita (prefecto de monjes divididos en mandras, cellae). Marciano dispuso la conduccion á Constantinopla de los restos mortales de Flaviano, y á fin de sosegar completamente los ánimos, siempre agitados y extraviados por tanto tiempo, convocó en Calcedonia (451) el *cuarto concilio ecuménico*, en el cual se reunieron quinientos veinte obispos, en su mayor número orientales. Los occidentales no habian podido agregarse á esta considerable asamblea de obispos, por hallarse devastada el África por los vándalos, y la parte occidental del imperio romano por los godos y los francos. Los cuatro legados del Papa presidieron el concilio, y Dioscoro fué depuesto á causa de sus violencias, como por haber *celebrado un concilio sin el asentimiento de la Sede apostólica*. En la sexta sesion se formuló contra Nestorio y Eutiques la doctrina católica, decretándose que en Cristo están las dos naturalezas, divina y humana, sin confusion ni trasmutacion, division ni separacion, unidas en una persona (hipostáticamente), y que con esta union en la persona



subsiste la diferencia de las naturalezas. Haciendo alarde el concilio de su respeto y sumisión hacia la Santa Sede, informó de todo lo acordado al papa S. Leon, motor de todo el bien que se habia hecho en una asamblea presidida por sus legados, rogándole con instancia que confirmase sus decretos, y señaladamente la precedencia concedida por el cánón 28 al patriarca de Constantinopla.

Los decretos de Calcedonia encontraron una fuerte oposicion en la Iglesia griega, ya tan perturbada y corrompida. Los monofisitas excitaron espantosas perturbaciones, siendo Eutimio y Teodosio sus principales causantes en Palestina, quienes arrojaron de su silla á Juvenal, patriarca de Jerusalem, y eligieron en su lugar á Teodosio. Éste resistió por mucho tiempo con extrema violencia hasta á la potencia imperial. En Egipto se esparcieron con deliberado designio los más contradictorios rumores, á saber: «Se ha condenado á Cirilo en Calcedonia; allí se ha adoptado la doctrina de Nestorio.» Y el pueblo, ciego de fanatismo, llegó hasta á quemar los soldados del emperador, refugiados en el templo de Serápis. Después de la muerte de Marciano, monjes monofisitas, conducidos por el sacerdote Eluro, dieron muerte al patriarca Proterio, su adversario, con otros seis eclesiásticos. Este mismo Eluro, elevado al patriarcado, no cesó un momento de ejercitar su saña contra los partidarios del concilio de Calcedonia, hasta que el emperador Leon (457-74), asegurado ya de la adhesion de la mayor parte de los obispos á los decretos del concilio de Calcedonia, mandó lanzar de su asiento á este furioso, juntamente con otro fanático de Antioquia llamado Pedro el Batanero. Pero renováronse y crecieron singularmente las perturbaciones, cuando á su vez el emperador Basílico (476-77) acordó la reinstalacion de los expulsados, y favoreció á los adversarios del concilio de Calcedonia. Trescientos obispos orientales hubo tan cobardes y serviles, que consintieron en la condenacion de los decretos de Calcedonia. Zenon fué el que después de la caída de Basílico suspendió estas perturbaciones de la Iglesia (477-91). Impulsado desgraciadamente, sobre todo por Acacio, patriarca

de Constantinopla, á arrogarse la investidura de legislador en materias de fe, trató de reconciliar los partidos, promulgando una fórmula de union (482), en la cual, evitando las expresiones controvertidas *de y en una naturaleza*, ponía el símbolo de Nicea, y el de Constantinopla que lo completa, como la norma universal de la fe, sin hacer más que una mencion equívoca del concilio de Calcedonia.

Con esto sólo consiguió Zenon exacerbar mucho más la lucha. La mayor parte de los católicos rechazaron esta fórmula; y en cuanto á los monofisitas, descontentos en la generalidad, se separaron de sus jefes, Pedro Mongo, patriarca de Alejandria, Pedro el Batanero, y Acacio de Constantinopla, los cuales habian suscrito el *henóticon*. De aquí fué que su secta se llamase la de los *Acéfalos*. De esta suerte, cuatro grandes partidos desgarraban la Iglesia: empero la oposicion más fuerte era la que se pronunciaba entre el Occidente y el Oriente. La comunión de fe se rompió entre las dos Iglesias por los años 519, desde el momento en que el papa Félix II anatematizó á Acacio, patriarca de Constantinopla. Es cierto que el emperador Anastasio habia prometido (491-518) atenerse sinceramente á las decisiones del concilio de Calcedonia; pero exigía á todo obispo nuevamente instituido, que suscribiese el *henóticon*, y perseguía á los que, á fin de restablecer la comunión de la Iglesia, impetraban en su defensa la autoridad del papa Símmaco. Esta persecucion fué provocada por las intrigas y arrebatos del monofisita Xenafas, obispo de Hierápolis, y del monje Severo, quienes habian introducido y procurado propagar en la iglesia de Constantinopla la proposicion monofisita, añadida por Pedro el Batanero al *Trisagio*: «*que ha muerto por nosotros*,» y habian suscitado una sedicion con este motivo. Anastasio se mostró en esta ocasion dispuesto á restablecer la paz con el Occidente, y al efecto entró en tratos con el papa; pero muy poco después se puso intratable.

La reconciliacion se verificó al fin solemnemente bajo Justiniano I (518-527) y el papa Hormisdas, siendo garantizada por un edicto imperial la ejecucion de las decisiones de Cal-



cedonia. Se instituyó una fiesta especial en la Iglesia griega en honor de este concilio; los obispos ortodoxos, expulsados de sus sillas, fueron llamados de nuevo, y lanzados á su vez muchos monofisitas. Mas con todo, muy poco después resucitó la lucha, siendo Constantinopla su principal teatro, y su ocasion las palabras añadidas al Trisagio. Siete monjes escitas pretendieron consagrar, por la autoridad de la Iglesia, la proposicion de: «*Uno de la Trinidad fué crucificado*.» Opúsose á esta proposicion el monofisita Severo, y en la que se presentaba el error, esta otra más clara: «*Una de las personas de la Trinidad fué crucificada*;» pero los monjes objetaron que la palabra *Prosópon*, empleada por persona podia tomarse en un sentido moral, y favorecer secretamente al nestorianismo.

No se detuvieron aquí: fatigaron con sus reclamaciones é interpretaciones sutiles al papa Hormisdas (519), quien, procurando cortar cualquiera dificultad, les propuso la siguiente fórmula: «*Una de las tres personas ha padecido segun la carne*.» Y como tampoco quisieran asentir á esta proposicion, despidiólos el Papa, como fomentadores, sin saberlo, de la herejía eutiquiana.

En Alejandria se declaró la guerra entre los severianos y julianistas. Tomaron el nombre los primeros de Severo, patriarca de Antioquia que tendia especialmente á confundir las naturalezas divina y humana, atribuyéndoles la cualidad esencial del cuerpo humano, ó sea la corruptibilidad (por lo mismo se les dió el dictado irrisorio de *corrupticolas*): los segundos eran llamados julianistas, por Julio, obispo de Halicarnaso, su jefe, el cual sostenia que la Divinidad se habia enterrado y como abismado en la naturaleza humana, y que Cristo no habia estado sometido á ninguna de las pasiones y alteraciones de la naturaleza corruptible del cuerpo, las cuales experimentó sólo por la salvacion del género humano, pero sin necesidad (*fantasiasta*). En esto surgió un nuevo partido llamado de los temistianos ó agnocianos, gobernado por el diácono de Alejandria, Temistio, y preguntó lo siguiente: «¿Cristo lo ha sabido todo durante su vida terrestre? ¿Ha ig-

norado algunas cosas?» Mas subdividiéndose los julianistas se separaron en dos campos, segun que creian si el cuerpo de Cristo habia sido criado ó increado; y como si la secta de los monofisitas no estuviese ya sobradamente fraccionada, sobrevino Juan Filopono (hacia el 550). Este comentador sutil de Aristóteles confundió las ideas de la *naturaleza* y de la *persona*, fundó el *triteísmo*, y pretendió que la resurreccion de los muertos seria una creacion nueva. Finalmente, el monofisitismo fué llevado á sus últimos límites por el sofista alejandrino Estéban Niobes, el cual sostenia que, admitiendo una sola naturaleza en Cristo, no se podia concebir en él ninguna diferencia entre lo divino y lo humano (*Niobita*).

Semejante division intestina de los monofisitas debia necesariamente paralizar sus fuerzas. Pero lo que les debió ser más fatal fué el reinado del emperador Justiniano (527-65), tan célebre por sus rápidas conquistas, por las victorias de Belisario y Narsés, y más aún por el Código que lleva su nombre, cuya influencia se propagó hasta los siglos más remotos. Justiniano en efecto se mostró tan celoso por el concilio de Calcedonia, que frecuentemente llamó *sinodita*. Por lo demas, era tan inclinado á mezclarse en los asuntos eclesiásticos, que se aplicó sin descanso á reunir á la Iglesia católica, ya por medios conciliatorios, ya por la violencia, á los monofisitas, y especialmente á los severianos, cuyas doctrinas se aproximaban más al símbolo de Calcedonia. Pero su mujer, la astuta Teodora, con proteger á los monofisitas, frustró más de una vez sus esfuerzos, cuando no los benefició en provecho de la herejía. Así fué que Justiano instituyó en Constantinopla una conferencia entre cinco obispos monofisitas y otros cinco católicos (531), que así los de una como los de otra parte se apoyaban en las decisiones de Calcedonia. Los severianos apelaban á supuestos testimonios del papa Julio, de Gregorio el Taumaturgo y Dionisio el Areopagita, cuyas obras, citadas á la sazón por primera vez, contenian una exposicion doctrinal sobre la naturaleza divino-humana. Quejábanse especialmente de que en el concilio de Calcedonia se hubiese declarado